



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

MARTES 15 DE ABRIL DE 1873.

NÚM. 123.

LA LUZ.

Nuestro país está atravesando una crisis sobremediana difícil y trabajosa. Cambiada la forma de gobierno; roto en mil pedazos el antiguo trono castellano; trabajado el país por partidos cuyo único objeto es aniquilarse mutuamente, la patria vacila y desmaya y tiende los ojos á todas partes para ver si en alguna halla remedio á los males que la agobian y aniquilan. Y para colmo de males la guerra civil se ensañea de una buena parte de nuestras provincias, y cunde el desorden, el desasosiego y la anarquía.

¿Será posible que España retroceda? ¿Será posible que el siglo XIX cambie? ¿Los representantes de una sociedad proscrita y proscrita por intolerante, por fanática, por ciega y por bárbara se sobrepondrían á los más entusiastas defensores de la libertad? ¿Está tan maldita la libertad y tan abandonada de Dios, que puede un día el absolutismo cojerla en cualquier tenebroso callejón de la historia y asesinarla?

No lo creo. Hay castigos providenciales, hay equivocaciones históricas, hay viceversas incomprensibles. Cuando la ruina del paganismo estaba consumada y se alzaba el cristianismo coronado de gloria sobre los rotos pedazos de sus dioses, vino aquella insensata reacción pagana representada por Juliano el Apóstata. Y sin embargo, aquello pasó como el humo. No fué más que un nuevo alto de la idea triun-



UNA CIUDAD DE ASILO.

fante: el cadáver se pudría y fué preciso detenerse hasta que el viento barrierá aquellos miasmas.

El absolutismo, que tiene hoy por centésima vez encendida la guerra civil en nuestra patria, es impotente para vencer. Y si le dieran una victoria absurda é incomprensible los errores y las divisiones de los mismos defensores de la libertad, su triunfo no duraría dos días. Habría una reacción inmediata, inevitable. Los héroes de la independencia se levantarían de sus sepulcros y acaudillarían á cuantos hoy alientan y viven, en la cruzada santa del progreso y de la tolerancia, contra la vieja idea del mutismo del pensamiento y de la aniquilación de la personalidad humana.

intereses del Evangelio son los intereses de la libertad: los intereses del protestantismo, son los intereses de eso que la corte de Roma llama con tanto encono el liberalismo. Donde hay libertad, hay tolerancia religiosa y allí cabemos nosotros: donde hay absolutismo, hay tiranía, persecuciones religiosas, una casta sacerdotal privilegiada, una Iglesia única, y allí no cabe el verdadero Evangelio de Jesucristo, ni cabemos por consiguiente nosotros.

No; lo absurdo no será, lo imposible no se realizará. No puede resucitar lo que quedó ayer enterrado en medio de la alegría de los más. Nuestras divisiones son su fuerza, nuestros rencores son su triunfo. Pleguemos la bandera de nuestros odios; desgarrémosles á ellos en vez

¿No oís lo que dicen? ¿No veis lo que hacen? El cura Santa Cruz, ¿en qué se diferencia de los clérigos que mandaban partidas y que acompañaban al adusto Carlos V en la guerra de los siete años? ¿Los que hoy pretenden imponernos aquellos antiguos principios que dieron por resultado la España de los encantamientos de Carlos II, son otros que los hijos de aquellos que escarnecieron y maltrataron al venerable sacerdote Muñoz Torrero? ¿Son otros que los hijos de aquellos que encerraron en una jaula á aquel héroe que se llamó el Empecinado y le expusieron á la curiosidad pública como una fiera? Son los mismos. Los cachorros de las hienas nunca son corderos.

No vendrán, no; no se impondrán. Los

de desgarrarnos á nosotros mismos, y acabaremos con esa intenciona de absolutismo que es una ignominia escupida á la frente de nuestro siglo. Cada uno á su puesto: los soldados á pelear por la libertad, por la tolerancia y por el progreso: los cristianos á orar por el Evangelio y por la libertad. Dios dará la victoria al que sea digno de ella.

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO, con textos del Nuevo Testamento, según la traducción del Padre Felipe Scio.

CAPITULO III.

EL SACERDOCIO, EL OFICIO DE LOS CLÉRIGOS.

1.^a *Jesús, el hijo de Dios, ha elegido doce apóstoles y al partir de la tierra, les ha dado el mandato que sigue:*

Mateo, xxviii, 18-20: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.»

Al ordenar Jesús estas instituciones no ha querido dejar á la casualidad la predicación del Evangelio y la administración de los sacramentos, sino ha instituido con este objeto un oficio permanente.

Sobre la manera y el modo de la institución y del arreglo que se había de dar después á este oficio, ni el Señor ni los apóstoles han dado preceptos definitivos y obligatorios; sino han dejado esto á las necesidades de cada tiempo y á la aptitud de cada lugar. Encontramos por eso en el Nuevo Testamento:

A. Que no existe nombre alguno definitivo para ciertos oficios exclusivos, siendo aplicados hasta los nombres de apóstoles, obispos, presbíteros (ancianos), muchas veces indistintamente. Luego son añadidos los siete diáconos (siervos de los pobres), la primera institución nueva que había salido de la necesidad local. Pero también estos diáconos predicaban y bautizaban como Felipe en Samaria. (Hechos, cap. viii.) *El nombre de sacerdote no se encuentra para ningún oficio clerical de la congregación cristiana en el Nuevo Testamento.*

1.^a Pedro, v, 1. «Ruego, pues, á los presbíteros que hay entre vosotros, yo presbítero como ellos y testigo de la Pasión de Cristo, etc.»

Aquí se llama el apóstol Pedro á sí mismo un presbítero y se pone con los otros en el mismo grado.

Tito, i, 5-9. «Yo te dejé en Creta para que arreglases lo que faltaba y establecieses presbíteros en las ciudades como yo te lo había ordenado; el que fuere sin tacha, marido de una mujer que tenga hijos fieles y que no puedan ser acusados de disolución ó que sean desobedientes. Porque es necesario que el obispo sea sin crimen como que es el Económico de Dios; no soberbio ni iracundo, no dado al vino, no violento, no codicioso de torpes ganancias, etc.»

En este párrafo, presbítero y obispo, significan una misma cosa. Los apóstoles no codiciaban los títulos y no miraban mucho las formas exteriores. Pero sobre todo miraban la cosa misma «solo que Cristo sea anunciado;» les importaba el espíritu y la santa y piadosa gente, llena del verdadero espíritu.

De la misma manera las dos significaciones se usan como iguales.

Hechos, xx, 12. «Y enviando (Pablo) desde Mileto á Efeso, llama á los ancianos de la Iglesia; y á estos mismos ancianos dice él en el versículo 28, las palabras: Mirad por vosotros y por toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para gobernar la Iglesia de Dios, la cual El ganó con su sangre.»

Había dos clases de aquellos ancianos y obispos;

1.^a Timoteo, v, 19. «Los presbíteros que gobiernan bien, son dignos de doblada honra; mayormente los que trabajan en predicar y enseñar.»

B. Hallamos en el Nuevo Testamento que la Iglesia misma elige á sus ministros y oficiales espirituales. En lugar del apóstol Judas, del traidor, según el consejo del apóstol Pedro, son elegidas dos personas y presentadas á la Iglesia, José y Matías, y orando como dicen los Hechos de los Apóstoles, i, 24-26, dijeron: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos de estos dos cuál has escogido, para que tome el lugar de este ministerio y apostolado del cual por su prevaricación cayó Judas para ir á su lugar.» Y le echaron suertes, y cayó la suerte sobre Matías, y fué contado con los doce apóstoles.

Hechos, vi, 1-6: «En este lugar entre otras palabras dijeron los apóstoles: Escoged, pues, hermanos de entre vosotros siete varones de buena reputación, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría á los cuales encargaremos esta obra... Y pareció bien á toda la junta esta proposición y eligieron á Esteban, etc.» A estos pusieron delante de los apóstoles; y orando pusieron las manos sobre ellos.

C. Pero también parece que los apóstoles en otras circunstancias y especialmente en las iglesias, nuevamente fundadas, han elegido é instituido los ancianos ellos mismos como ya hemos leído antes de Tito.

Hechos, xiv, 22. «Y después que hubieron ordenado presbíteros en cada Iglesia de ellos y hubieron hecho oración con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído.»

Los nombres fijos y las normas se formaron poco á poco según las necesidades y las circunstancias locales. Estas deben considerarse como instituciones locales, las cuales también se deben cambiar según las circunstancias.

La institución de estos oficios, de los apóstoles, ancianos y diáconos no excluye la libre actitud de los otros miembros de la congregación, y la doctrina del sacerdocio general de todos los fieles, está fundada en la palabra de Dios.

1.^a Pedro, ii, 9. «Más vosotros sois el linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición: para que publiqueis las grandezas de aquel que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz.»

Apocalipsis, i, 5, 6. «Que (Jesucristo) nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre: y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios y su padre.»

Apocalipsis, v, 10. «Y nos ha hecho para nuestro Dios reino y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra.»

Observación. En estos tres textos los laicos fieles son llamados sacerdotes, es decir, hombres que tienen el derecho como el deber de entrar con sus oraciones inmediatamente á presencia de Dios, y servirle de manera que no necesiten de un medianero. La palabra *sacerdote*, no tiene en la nueva congregación cristiana ninguna significación oficial.

4.^a *Sin embargo de este derecho del sacerdocio general, no debe estorbar ni perjudicar al oficio, si es administrado según la palabra de Dios, sino al contrario, debe ayudarle y adelantarlo. La ayuda de los unos á los otros, y el servicio de los unos á los otros para el bien general de todos, es lo que está conforme con la voluntad del Señor.*

En todas estas definiciones se habla de deberes y no de derechos, los cuales hubieran sido dados á ciertas personas para favorecerlas, ó darles el dominio ó ganancia ó provecho.

Efesios, iv, 11, 16. «Y Él mismo dió á unos ciertamente apóstoles y á otros profetas, y á otros, evangelistas, y á otros, pastores y doctores, para la consumación de los santos en la obra del ministerio, para edificar el cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, á varón perfecto, según la medida de la edad cumplida de Cristo, para que no seamos ya niños fluctuantes y nos dejemos traer en rededor de todo viento de doctrina, por la malignidad de los hombres que engañan con astucia en error; antes siguiendo verdad en caridad crezca-

mos en todas cosas en aquel que es la cabeza, Cristo; por el cual todo el cuerpo coligado y unido por toda coyuntura, por donde se le suministra el alimento, obrando á proporción de cada miembro, toma aumento el cuerpo para edificarse él en caridad.

Ojalá, que los fieles tengan siempre presente el alto derecho que tienen de llegarse siempre á Dios confiadamente y libres, sin medianeros mundanos, y también el alto deber que tienen de anunciar la salvación en Jesucristo á todo los infieles, y que están todavía no convertidos, según su oficio, en su posición y conforme á su facultad. Tu prójimo debe interesarte á tí. Si el apóstol Juan, i, 3, 17, dice de las cosas terrenales: El que tuviere riquezas de este mundo y viere á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas: ¿cómo está la caridad de Dios en él? eso seguramente vale más todavía de las cosas espirituales. ¿O quieres tú hablar con Cain? «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» Ya en el Antiguo Testamento había mandado Dios.»

Deuteronomio, xxii, 1. «No verás el buey ó la oveja de tu hermano perdidas y te pasarás de largo: sino que los volverás á llevar á tu hermano.»

¿Cómo, pues, sería posible, que tú vieras á tu prójimo ir en camino perverso á la perdición y no te sentirías llamado á enseñarle humildemente el camino bueno, sino dirías: esto no me importa á mí nada; esto es cosa de los clérigos que son llamados por eso oficialmente? Es verdad, sin embargo, que ellos tienen este oficio; pero su oficio no te quita tu deber.

Santiago, iv, 13. «Aquel, pues, que sabe hacer lo bueno y no lo hace, tiene pecado.»

Colosenses, iii, 16. «La palabra de Cristo mora en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y aumentándoos los unos á los otros con salmos, himnos y canciones espirituales, cantando de corazón á Dios con gracia.»

1.^a Pedro, iv, 10. «Cada uno según la gracia que recibió, comuníquela á los otros como buenos dispensadores de la gracia de Dios que es de muchas maneras.»

Errores de la Iglesia romana católica.

1.^o Los obispos son los únicos legítimos sucesores de los apóstoles y poseedores del poder eclesiástico.

2.^o Reciben ellos esta dignidad y potestad para la consagración, la ordenación, por la cual no solamente reciben el *derecho oficial*, para ejercer los derechos que se les han dado, sino también la *facultad espiritual*, para ejercer los negocios de su oficio de una manera eficaz y con éxito completo.

3.^o Esta facultad ha sido trasladada en sucesión no interrumpida de los apóstoles á los obispos y de estos á los demás sacerdotes.

4.^o La cristiandad está dividida en dos clases de hombres; unos que gobiernan y enseñan, y otros que tienen que obedecer y recibir fielmente, es decir, sacerdotes y laicos.

5.^o Los sacerdotes son los únicos medianeros y canales, por los cuales Dios comunica sus dones espirituales y sus gracias á los laicos.

6.^o Por eso también no hay salvación fuera de la iglesia católica romana.

Refutación. 1. Si el obispo en Roma es el único legítimo sucesor del apóstol Pedro y los otros obispos son los de los otros apóstoles, entonces no debía haber más que 12 obispos en toda la cristiandad. Pero hay una muchedumbre sin límites, de manera que no hay razón inteligible para que todo clérigo no tenga los mismos derechos.

2. Una facultad espiritual no es comunicada por ningún acto exterior de consagración de una manera mecánica. Los discípulos recibieron en la fiesta de Pentecostés, el Espíritu Santo sin ningún medio exterior humano, al contrario inmediatamente de Dios mismo. Cuando el apóstol Pedro predicaba á los gentiles el Evangelio en la casa de Cornelio, cayó sobre ellos el Espíritu Santo, aunque no eran bautizados todavía, es decir, sin haber recibido un sacramento. Cuando los apóstoles Pedro y Juan vinieron á Samaria, en donde el diácono Fe-

lipe había predicado el Evangelio, y en donde los bautizados orando impusieron las manos, ellos recibieron el Espíritu Santo. «Y como vió Simon (el Mago) así sigue la historia en los Hechos de los apóstoles VIII, 18, 20: que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero diciendo: Dadme á mi también esta potestad, que reciba el Espíritu Santo todo aquel á quien yo impusiere las manos. Y Pedro le dijo: Tu dinero sea contigo en perdición, porque has creído que el don de Dios se alcanzaba por dinero.» En esta historia se puede ver claramente, que los dones espirituales no pueden ser comunicados por manifestaciones mecánicas y exteriores y administraciones de la imposición de manos y que ninguno recibe una facultad espiritual por una ordenación mecánica. El apóstol Pablo exhorta á su hijo querido Timoteo I, 4, 14: «No tengas en poco la gracia que hay en sí, que te ha sido dada por profecía, con la imposición de las manos de los presbíteros.» Por estas palabras vemos que Timoteo poseía un don especial en virtud del Espíritu Santo de una manera extraordinaria, como otros poseían el don de sanar enfermos, otros el don de hablar lenguas, dones que da y comunica el Espíritu Santo, pero los que nadie puede proporcionarse ó comunicar á otros de una manera mecánica ó artificial.

3. La iglesia católica romana funda su doctrina especialmente en las doctrinas que siguen:

A. 2.^a Corintios V, 20: «Nosotros, pues, somos embajadores en nombre de Cristo como que Dios os amonesta por nosotros. Os rogamos por Cristo, que os reconcilieis con Dios.» Este texto prueba en verdad nada absolutamente en favor de la sucesión episcopal y el poder que es recibido por la ordenación, pero sí que contradice á esta opinión directamente porque Pablo no había sido consagrado por ningún apóstol. Tenía su poder directamente de Dios sin ninguna mediación humana, como él dice expresamente en el principio de la epístola á los Gálatas: Pablo, apóstol, no de los hombres ni por hombres más por Jesucristo y por Dios Padre.»

B. 1.^a Corintios IV, 1: «Así nos tenga el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. También este texto no prueba nada, porque el mismo apóstol Pedro I, 4, 10, llama á todos los fieles buenos dispensadores de la gracia de Dios que es de muchas maneras. De una posesión exclusiva, de un derecho exclusivo no se halla en ninguna parte.

C. El texto más importante es Evangelio Juan XX, 21, 23: «Y otra vez les dijo: Paz á vosotros; como el Padre me envió así también yo os envío. Y dichas estas palabras, soplo sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonáreis los pecados, perdonados les son y á los que se los retuviéreis les son retenidos.»

Para este texto sirven las observaciones siguientes:

1. El que quiere ejercer la potestad de retener pecados y de perdonarlos, es preciso que antes haya recibido al Espíritu Santo. Por la ordenación sacerdotal no se comunica, pues, maquinamente sin otros medios el Espíritu Santo; de consiguiente tampoco los sacerdotes romanos pueden perdonar pecados, fundándose solamente en la ordenación recibida.

2. Este poder no puede ser ejercido en contradicción con el orden general de salvación, de manera que los pecados sean perdonados á uno que no se arrepiente y puedan ser retenidos á uno que está arrepentido. Cada perdón del pecado, dado por el sacerdote de una manera errónea, no tiene efecto ninguno.

3. Uno que está arrepentido tiene el perdón de sus pecados también sin la absolución sacerdotal; y al contrario, no aprovecha la absolución sacerdotal á uno que no quiere arrepentirse.

4. Este poder del Señor, dado á los apóstoles, tiene el sentido, de que ellos deben consolar á los corazones angustiados con la gracia de Cristo, y

amedrentar á los pecadores malvados con el juicio de Dios. También Jesús, que podía perdonar sin duda, á los pecados, dice al paralítico que se arrepentía, Mateo IX, 9, 2: «No te perdono ahora tus pecados, sino: *Tus pecados te son perdonados.*» Como él como arrepentido ya tenía el perdón de sus pecados, pero no lo sabía todavía, le es anunciado para consolación suya.

Observación. En estas dos cosas fundan los sacerdotes romanos su dominio sobre las conciencias. 1.^o Que ellos según su consagración, son los hombres que tantas cosas pueden hacer; 2.^o que ellos son los únicos legítimos medianeros y canales de las gracias de Dios. Así pretenden que dependa del acto anterior de la ordenación y de la absolución de los miembros de su congregación. La esencia de la cosa, el arrepentimiento y la fe en Dios de esta manera son eliminados y la doctrina mil veces anunciada en la palabra de Dios que somos salvos por gracia, por medio de la fe en el hijo de Dios, está puesta en olvido y oscurecida eternamente; pero el sacerdote viene con pretensiones diciendo: Tú debes arreglarte conmigo, si no todas las otras cosas no te aprovechan. ¡Oh qué estado tan triste el de la servidumbre de los hombres! Ojalá que todos los pecadores corriese á Jesús, quien los ha conocido. Mateo XI, 28: Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados y yo os aliviaré. El ha dicho también: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.» ¿Qué cosa, pues, puede estorbarte para que vayas directamente á Jesús, al Todopoderoso y omnisciente, al bondadoso y misericordioso Salvador? Con hombres y por ellos seremos engañados innumerables veces, pero fiel es el que os llama, el cual hará también. El da su espíritu directamente sin otros medianeros; Jesús será tu juez un día, él también debe perdonarte los pecados; entonces estarás seguro. ¿Quién te garantiza á tí la absolución sacerdotal? ¿Por qué buscas enredos en los cuales pierdes el camino verdadero?

(Se continuará.)

CONFERENCIA IMPORTANTE.

Nuestros lectores tienen ya conocimiento de la estancia en Ginebra del célebre padre Jacinto. Invitado por algunas personas de aquella ciudad para dar algunas conferencias, el elocuente ex-carcelita ha pronunciado la primera en la vasta sala «de la reformation» que se hallaba ocupada por tres mil oyentes. Muchos y ruidosos aplausos acogieron su presencia en la tribuna, aplausos que se repitieron en muchos de los periodos del discurso.

El éxito del gran orador ha sido completo.

El padre Jacinto ha empezado por confesar que la guerra, legítima y necesaria entre la sociedad civil y la teocracia romana, está declarada, y ha pasado en revista los diferentes planes de campaña propuestos. Maldiciendo como maldice la guerra de exterminio con la que sueña la escuela materialista y atea, rechaza el sistema de los que quieren esclavizar la Iglesia; y en cuanto á la separación de la Iglesia y del Estado, el padre Jacinto ha demostrado que esa medida no es bastante para reformar el catolicismo, ni para preservar á la sociedad de sus ataques. Por otra parte, en esta separación el Estado está en el deber de dejar la elección de los obispos y párrocos á quien pertenece, por derecho propio, es decir, al pueblo y al clero católicos. «El Estado, dice, no es más que el depositario actual de ese derecho, en tanto que retiene ciertos imprescriptibles derechos de los laicos católicos. Cuando Leon y el rey Francisco I, haciéndose mutuamente concesiones, se han concedido ciertos derechos en materias eclesiásticas, los historiadores han observado que el papa y el rey se habían dado mutuamente lo que no les pertenecía.» (Aplausos.)

«La cuestión del salario importa poco, porque es bueno que las iglesias cristianas, conformándose-

se con la palabra de San Pablo, permanezcan pobres, seguras como están de encontrar en los fieles lo necesario para su culto y para sus ministros que deben vivir según la sencillez del Evangelio.» (Aplausos.)

El padre Jacinto ha terminado su discurso recomendando su sistema que es la reforma católica, y ha exhortado á sus correligionarios á que trabajen siempre con la idea de que su obra es una obra de fe.

Los curas católicos de Ginebra habían anunciado desde los púlpitos que los que de sus iglesias fueran á escuchar al célebre orador no serían admitidos á la comunión de Pascua; y esta intolerancia no ha servido sino para aumentar en todos el deseo de escuchar su elocuente palabra.

¡HA MUERTO JESÚS!

¡La muerte de Jesús!

¿Conoceis asunto del que se haya hablado más, del que más se haya escrito?

El verso, la prosa, todo, ha cantado la muerte del Salvador.

Se han vertido siempre las mismas lágrimas: las mismas tristezas han invadido siempre los corazones que aman.

¡Jesús murió!

Está allí; pendiente de la cruz, cárdeno, lívido, vertiendo sangre. Pues bien, todo eso lo sufre por mí, muere por mí.

¡Qué asunto de inefables alegrías!

Su amor le ha hecho morir por mí y por todos.

¿Qué nos pide en cambio? Nuestro amor.

Una solicitud tierna por él.

Una solicitud tierna por nuestros hermanos.

Una solicitud viva por la obra de Dios.

Energía contra el mal, valentía contra el pecado.

¡No pecar! El muerto en la cruz no nos pide más que esto.

Está en la cruz. Ha espirado cargado con el peso de nuestras miserias.

¿No recordais unas palabras dulcísimas que hay en la Escritura?

No hay salvación por ningún otro: no hay bajo el cielo ningún otro nombre dado á los hombres por el cual podamos ser salvos.

¿Lo oís? ¿Conoceis otro vosotros?

No lo hay. Bajó del cielo solo para morir por nosotros; fué nuestro hermano: lloró como nosotros, lloró más que nosotros: nuestra carne fué su carne.

Es tan grande ese acto del amor de Dios, que es aún incomprensible, pero no por eso es menos verdadero.

Tú has muerto por nosotros, ¡Oh Jesús! ¿Despreciaremos tu sangre derramada? ¿Despreciaremos tu gracia que vale más que la vida?

No, no. Tus sufrimientos son los nuestros. No tenemos más justicia que la tuya, ni más vida que la tuya, ni más camino que el que tú nos has trazado. ¿Nos desviaremos de él?

Tus ojos son demasiado puros para ver el mal. ¿Por qué no han de aspirar los nuestros á serlo todo lo más que puedan?

Está en el madero fatal. Los verdugos insultan sus dolores; el pueblo grita, ¡crucifícale! gime bajo el peso de la maldición. Su Padre mismo parece separar de él su mirada.

Todos esos sufrimientos son por nuestros pecados.

Cristiano, ¿le seguirás crucificando?

Humanidad, ¿Cuándo vendrás á él? ¿Cuándo harás tu corona de su corona y tu alegría de su dolor?

JESÚS Y LA SAMARITANA.

(Continuación).

La pobre mujer no comprende el sentido puramente moral de las palabras del Mesías. Las toma en un sentido exclusivamente material y le contesta con un respeto en el que se descubre un tinte ligero de ironía: «Señor, no tienes con que sacarla y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo y él bebió de él y sus hijos y sus ganados? ¿No te bastan las aguas de este pozo? Siendo tan antiguo y habiéndola sacado tantos, ¿a tí solo no te basta? ¿Es que tú eres más poderoso que Jacob, nuestro padre?» Debemos, para explicar esta frase, advertir, que no siendo los samaritanos de origen exclusivamente gentil se creían descendientes de Joseph, pero esta tradición no tiene base ni apoyo en la Escritura. «¿Eres más poderoso que Jacob? Continúa diciendo la mujer. Pues si es así, no lo aparentas. El pozo data desde su tiempo; él y los suyos hallaron siempre agradables sus aguas: sus ganados bebieron de ellas y tú, extranjero, que no las conoces, hablas mal de ellas y te refieres á otras que consideras mejores? Eres un arrogante y un vanidoso. «Calvino, á quien seguimos en el exámen de este hecho de la vida del Salvador, dice: «Le acusa de arrogancia por preferirse á sí mismo en vez de preferir al santo patriarca Jacob; Jacob, dice ella, se contentó con este pozo para su uso y el de toda su familia. ¿Es posible que tengas tú otra agua más excelente?»

Jesús responde: «Esta agua será todo lo excelente que tú quieras, pero tiene un defecto capital. ¿Sabeis cuál? El de que *volverá á tener sed todo el que beba de ella*. Al decir ya esto Jesús, está en pleno espiritualismo. El agua del pozo calma una vez la sed pero hay que volver á él de nuevo constantemente: el agua de que El habla calma la sed para siempre. El agua de que habla la samaritana produce una satisfacción ligera y momentánea: satisface la sed material por unas cuantas horas y nada más. El que bebe del agua de Jesús no siente la sed nunca más porque lleva ya en sí mismo la fuente de aguas vivas. «La gracia y la verdad celestes, dice Mr. Artié, que Jesucristo comunica á aquellos que creen producen para siempre la satisfacción de las necesidades de la salvación y jamás se siente la sed porque se poseen sus dones sin interrupción. Esta agua no tiene solo por objeto quitar la sed; produce otro resultado más positivo.» ¿Cuál? preguntamos nosotros. Jesús se encarga de contestar: «Pero el agua que yo le daré hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna.»

¿Qué clase de agua es esta? Es un agua espiritual que procediendo del cielo, salta otra vez hasta el cielo. Por la fé en Jesús nos apropiamos la gracia y las verdades celestes y estas son tan eficaces y duraderas en el alma humana, que nos acompañan hasta la entrada en el cielo. Cristo se forma en el corazón de los que la reciben. Un nuevo ser surge, un nuevo corazón se produce y verdaderamente se crea una nueva personalidad moral. «No significa esto, dice un cristiano, que bebamos hasta saciarnos de ellas: sino que el Espíritu Santo es una abundante fuente, que corre siempre y vierte agua y que no es por lo tanto posible temer que aquellos que han sido renovados por la gracia espiritual, se sequen en sus corazones. Nosotros no hemos recibido el Santo Espíritu solamente para un día ó por breve tiempo: uno para siempre, á fin de que siendo como una fuente que esté siempre arrojando agua, jamás esta nos falte. Así, los fieles tienen sed toda la vida y sin embargo siempre están llenos de abundante sávia espiritual, porque por poca gracia que hayan recibido esta les dá un vigor relativo, de tal manera, que jamás se secan por completo. La gracia llega hasta la inmortalidad dichosa.» En efecto, la gracia, agua pura y vivificante, de Dios viene y á Dios torna y con El nos une por una dichosa y bienaventurada eternidad.

UNA CIUDAD DE ASILO.

Dos de las perfecciones de Dios que parecían no poder conciliarse en manera alguna, se han encontrado sobre el Calvario y se han besado, como dice el profeta rey David: beso sangriento que ha costado la vida al Hijo eterno de Dios. ¿Pero no es una cosa notable encontrar en el Antiguo Testamento y muy especialmente en la fundación de esas ciudades de asilo como una vista anticipada de la conciliación de esas perfecciones?

Dios había dicho á Noé que quien derramara la sangre del hombre, su sangre sería derramada; y en el Sinaí había dicho: No matarás. Pues bien, para no debilitar la santidad de su ley, el Señor ordena que quien haya derramado la sangre del hombre, aun sin intención, fuera perseguido por el más cercano pariente de la víctima, llamado á causa de esto, el *Vengador de la sangre*.—Hé aquí la santidad. Pero al mismo tiempo para preservar al homicida de la persecución del vengador de la sangre, ordena Dios la fundación de seis ciudades de asilo en donde encontraba seguro refugio el perseguido. Aquí tenemos la bondad.

El hombre que se acogía á una ciudad de asilo, debía permanecer en ella hasta la muerte del gran sacerdote; en cuyo caso salía y podía tomar de nuevo posesión de sus bienes. Nuestro grabado representa la puerta de una de esas ciudades de asilo, y á un desgraciado que huyendo del vengador de la sangre, penetra por ella y encuentra algunas personas que le dan agua con que apagar su sed.

¿No podríamos ver en esas ciudades de asilo una representación de nuestras relaciones con Dios? ¿No somos nosotros los que hemos causado la muerte de Jesucristo, aunque por ignorancia y sin propósito deliberado de hacerle morir? ¿Y ese vengador de la sangre no puede representar al Dios tres veces santo? ¿Pero dónde encontraremos la ciudad de asilo? La ciudad de asilo es ese mismo Jesús, que nos espera con los brazos abiertos para darnos vida eterna. El es el camino, la verdad y la vida.

EN LA MUERTE DE JESÚS.

Muere, ¡oh mártir, en la cruz,
Que ante la luz que fulguras
El mundo se queda á oscuras
Para no ver tanta luz.

Los pueblos vendrán al cabo
A prosternarse ante tí,
Que tú los libraste, sí,
Desde la cruz del esclavo.

Mataste tú el paganismo;
Más hiciste que ninguno,
Libertaste á cada uno
Del demonio de sí mismo.

Regénate, digiste,
Y otra vida á tí se abra;
Con esa sola palabra,
Un nuevo universo hiciste.

La negra y triste maldad
Era la ley del ayer;

Tú hiciste al mundo saber
Lo que vale la verdad.

Tu cruz, tu muerte, tus clavos,
Redimieron á la tierra:
Crucificaste la guerra
Al morir cual los esclavos.

Que al pobre mundo sacaras
Te dijo Dios de sus penas,
Y no hubo sangre en tus venas,
Que por él no derramaras.

Del pecado en la vergüenza
Samergido al hombre viste,
Y en el alma le pusiste,
Una estolla por conciencia.

¡Cuán grande del Padre el duelo
Era! ¡Cuánta su tristura!
Rompiste con tu amargura
El duro bronce del cielo.

Reparte, Jesús, tus palmas;
Sigue irradiando tu luz,
¡Desde lo alto de la cruz,
Aún sigues salvando almas!

A. SANCHEZ DEL REAL.

LOS FRUTOS DEL EVANGELIO EN PÉRSIA.

(Continuación).

Algunos meses después estalló el movimiento religioso, y la hija del diácono Jorgis recibió en su corazón la gracia de Dios. Su más ardiente deseo fué poder orar con su padre, y entre tanto oró por él. Un día, en el mes de febrero, cubriendo la nieve llanura y colinas, anuncian la inesperada llegada del diácono Jorgis, el cual casi en el mismo instante, aparece en la sala donde se estaba celebrando una reunión de oración. La capa nacional del Kurdo caía en anchos pliegues sobre sus desnudas piernas, la escopeta del cazador pendía de su hombro, en la cintura brillaban el puñal y la cartuchera. «Cualquiera hubiera dicho al verle que el lobo penetraba en el redil,» escribía más tarde la señorita Fiske. No obstante esto, no se acobardaron las niñas arrodilladas, antes aparentaron no reparar en la presencia del terrible montañés y siguieron en sus devociones. Jorgis primero las miraba silencioso, después suelta la carejada, y se burla en voz alta de su infantil piedad. Pero levantándose su hija de entre sus compañeras, se acerca á su padre y suavemente le dice:—Ven conmigo, iremos á orar juntos.—¡Oh! exclamó con voz atronadora, ¿crees por ventura que yo no sé orar solo?—Pero la jóven instó con mucha dulzura, y cogiéndole de una mano le llevó á un cuarto solitario donde padre é hija se pusieron á orar. Jorgis repitió en voz alta las oraciones siríacas y después callóse. Su hija empezó á orar, y después de humillarse primero á los pies de su Salvador, abogó por su infeliz padre. «¡Oh! Señor, decía, sálvale de la perdición. Al oír estas palabras alzó el padre la mano para pegarla. Fué Dios quien me detuvo, decía mas tarde. Y en efecto, no la pegó pero la prohibió continuar. Jorgis pasó la noche en la casa; el día siguiente era un domingo, no salió. Se podía creer se quedaba con el objeto de impedir la celebración del culto, pues solo se burló de cuanto vió y oyó. Fidelia, agotadas sus fuerzas físicas y morales, fué á suplicar á un misionero que hablase con Jorgis.—Vd. debe hacerlo, dijo este, yo le veré después. Llamando, pues, en su auxilio todo su valor, fué al montañés, al cual halló sentado en una silla, la única que había en el cuarto. No se levantó de su asiento al acercarse la directora, y esta en pie delante de él le dijo:—Diá-

como Jorgis, vengo con el objeto de hablar á Vd. de su alma.—¡Oh! dijo riéndose el diácono, nada tengo que temer. Sin embargo, como se mostraba dispuesto á discutir con ella, Fidelia trató de probarle la verdad de las doctrinas de la Redención. La conversacion duró más una hora; en cuanto á Jorgis se hundía al parecer más y más en el abismo de escepticismo en que estaba sumido. Apuradas sus fuerzas, y no pudiendo más, la señorita Fiske determinó abandonarle á sus propias reflexiones, y se dirigió hacia la puerta; pero movida á impulsos de una inspiracion superior, volvióse y tomándole de la mano, le dijo con voz firme:—Diácono Jorgis, veo que Vd. no quiere que yo lo hable de su alma; le prometo, pues, que no lo probaré más, pero Vd. tiene que hacerme por su parte una promesa: prométame Vd. que cuando Vd. y yo estemos delante del tribunal de Dios, y que Vd. se halle á la izquierda, como por fuerza ha de ser si Vd. sigue viviendo así, Vd. confesará al universo entero congregado ante la presencia del juez, que en este día 22 de Febrero de 1846, le han advertido el peligro.... Y ahora le dejo; ruegue Vd. por sí mismo. Temblando de emocion Fidelia se vuelve para salir, estaba á punto de cerrar la puerta cuando el diácono venido exclamó con voz entrecortada por los sollozos:—Hermana mia, yo necesito esta salvacion; voy á orar por mi alma. Desde el cuarto inmediato, oyó en efecto Fidelia el murmullo de una voz humana, pero no podía creer que el diácono orase. Temía que al cabo de un rato saliese á la callada llevándose los objetos que á mano tuviese. El sonido de la campana que llamaba al culto á los fieles, la sacó de sus pensamientos, y se fué á la asamblea ansiosa de saber cómo acabaría aquello. De repente abrióse la puerta del santuario, y el diácono entró. Había depositado ya su aparato guerrero, su turbante desecho ocultaba su cara y gruesas lágrimas corrían por su barba; agachóse en un ángulo del edificio y escondió su cabeza entre sus manos. El mismo día volvió Jorgis á la montaña.—Es menester decia que yo hable á mis vecinos del pecado y de Cristo. Desde aquel día los misioneros en sus excursiones de evangelizacion le encontraron muchas veces cumpliendo la obra á la cual había consagrado el resto de sus días. El Nuevo Testamento y el himnario habían sustituido al puñal y al fusil, con un morral á la espalda y un baston con punta de hierro Jorgis recorría sin cesar las montañas de su patria, anunciando, como decia, el pecado del hombre y el grande amor de Cristo. Murió en 1856. Su hija que había sido la primera en hablarle de Cristo, la postrera también estuvo á su lado, y recogió de su boca los últimos testimonios de su fé en Cristo.

La conversion del alcalde Geog Tapa es tal vez más característica aún. Este hombre que gozaba en su aldea de una grande fama de honradez, se tenía á sí mismo en mucha estima; era orgulloso en lo posible y no hubiera permitido que le hablasen de conversion. Teniendo en el seminario á una hija, vino un día á visitarle y la halló enteramente preocupada en su porvenir eterno. La buena niña hubiera querido orar con su padre y atraerle al Señor, pero no poseyendo todavía la certeza de su propio perdon, no se atrevía á orar por otros. Y sin embargo, allí estaba su padre, sabia que él no era cristiano; ¿qué hacer pues y como emprenderlo? Le dió un asiento en medio del cuarto, llamó 5 ó 6 de sus compañeras convertidas, las colocó alrededor de él y las suplicó que intercediesen por él. No fué preciso decirse dos veces, y hélas aquí orando una tras otra con todo el fervor de su fé y la sencillez propia de su edad. ¡Júzguese del asombro del alcalde! Pero este tenía una idea demasiado superior de su dignidad para incomodarse; fingió no ver nada, y se mantuvo tieso y altivo en su silla. Las niñas seguían orando, y esto se parecia al sitio de una fortaleza. Había pasado una hora ó más cuando oyeron como un sollozo que se reprimía inmediatamente. Con más ardor continuaron las niñas. Pronto empezó el alcalde á moverse sobre su silla como uno que no está á sus anchas; tosió, mudó de posicion hasta que, en fin, no pudiendo coaten-

se más se echa al suelo, postrada la frente en tierra y llorando á lágrima viva. Cuando se levantó era otro hombre; la altivez de su fisonomía había desaparecido; una alegría celestial brillaba en su rostro surcado de lágrimas. Volvió á su aldea con el firme propósito de consagrarse al servicio de Cristo, y lo cumplió fielmente durante los ultimos diez y siete años de su vida.

Así como en los primeros dias del ministerio de Jesucristo los discípulos parecían poseídos todos del deseo de participar á sus amigos y parientes las buenas nuevas de la salvacion, así se podía creer que se había abierto en Oroomiah una fuente de vida y que sus ondas al derramarse por todas partes iban á llevar la vida y la fecundidad á todos aquellos contornos, y así fué.

A cierta distancia de la capital, había un pueblecito llamado Dégala, conocido por la Sodomía nestoriana á causa de la inmoralidad de sus habitantes. Un joven degaliano habiendo entrado al servicio del seminario como jardinero, despertóse su conciencia al ver las escenas de conversion y de la vida cristiana. Mucho tiempo se resistió, pero al fin le rindió el amor de Dios. Poco tiempo despues pidió ver á la directora.—Tengo que presentar á Vd. una súplica, díjole conmovido el joven; ¿quiere Vd. admitirla?—¿Que se le ofrece á Vd? preguntó á su vez Fidelia, suponiendo que era algun apuro financiero.—¡Oh! exclamó llorando el joven, cristiano; mi pueblo está perdido, mi familia se precipita hacia la muerte, la sangre de los míos está sobre mi cabeza. Deme Vd. permiso para ir esta misma noche á ellos á advertirles el peligro y pedirles perdon por el mal ejemplo que yo les he dado. Y en acabando de hablar, ocultó su cara en los pliegues de su capa, y se puso á llorar aun más. Fidelia le concedió su peticion y el joven salió. Algunas semanas despues de este suceso uno de los ancianos de la Iglesia fué á visitar el pueblo de Dégala; había determinado hablar francamente á aquella poblacion de su estado de pecado, sucediese lo que sucediese. Cuál no fué su asombro cuando al llegar á las primeras chozas oyó los acentos de la oracion; entró, pues, y halló unos pecadores arrepentidos implorando el perdon de sus pecados. Esto era el fruto de las exhortaciones y de las oraciones del jardinero convertido.

En la misma aldea vivía una mujer tan corrompida y mala, que sus mismos compatriotas huían de ella. Oyendo hablar de los sucesos sorprendentes que pasaban en el Seminario, se le ocurrió un día la idea de ir allí, cosa de nueva curiosidad. Como llegaba al patio, vióla una de las alumnas llena de celo por la casa de Dios, y sin arredrarse por el aspecto repugnante y terrible de la degaliana, la salió al encuentro, y estrechándola en sus brazos exclamó:—Hermana, hermana, ¿qué está Vd. haciendo? ¿No sabe Vd. que todos por naturaleza estamos perdidos por la eternidad? ¡Oh! es preciso despertar hoy, hoy mismo. Estas palabras pronunciadas con la energía de una profunda conviccion, el arranque espontáneo de la joven, su mirada amorosa penetran por sorpresa en el alma de la pobre mujer; su corazon se abre, su conciencia se despierta, y héla aquí ella también llorando á lágrima viva. Vuelve á su aldea donde pasa algunos dias en unas angustias que rayan en desesperacion, y acaba por volver á Oroomiah, abrumada bajo el peso de su pecado. Fidelia la acoge con bondad, y la llama aparte para conversar con ella. Pero no bien abre la boca, la nestoriana se hecha en sus brazos exclamando. ¡Dígame, oh dígame Vd. lo que es menester hacer para librarme de mis pecados! Recibió con gratitud las nuevas del amor de Dios en Cristo, y su fisonomía iba ya serenándose, cuando volvió á caer de repente con motivo de sus pecados en una terrible angustia, á la cual se podía temer que sucumbiese. Mucho tiempo duró este estado; pero por fin habiéndola Fidelia alentado á que orase aquella mujer que en su vida había orado, halló unos acentos tan patéticos para dirigirse al Señor, había tanto poder en su palabra, que la directora se preguntaba con asombro quién había enseñado á aquella mujer el modo de

expresarse así. Pero bien pronto lo entendió, cuando vió levantarse á la mujer nestoriana feliz y llena de calma en la certeza de que Dios había oído la oracion puesta en su corazon por el Espíritu Santo.

Las cartas de Fidelia están llenas de hechos de esta clase, que enseñan á las claras qué papel tan importante desempeña la oracion en la conversion. Uno de nuestros jóvenes maestros de escuela, llamado Yonen, escribía un día Fidelia, fué obligado á casarse contra su voluntad con una mujer no convertida. Esto fué para él una prueba muy grande, pero le sostuvo la gracia de Dios. Deseaba ardentemente que su esposa se volviese también discípulo de Jesucristo. Muchas veces por la noche le hemos oído intercediendo con el mayor fervor por ella ante el trono de la gracia. Sus ruegos no han sido inútiles... No me olvidaré nunca de las palabras que llegaron á mis oídos la primera vez que ella oró con su marido. Yo estaba en el cuarto inmediato, y no pude contener mis lágrimas al oírlos llorando juntos á los pies de Jesús. Esta querida hermana trabaja hoy con ardor en la evangelizacion de su aldea. No habiéndole permitido su suegro orar en su casa con sus amigas, las reúne á la puesta del sol detrás del templo, y los ásperos vientos de Febrero y Marzo, no han conseguido enfriar estos ardientes corazones.

Tres de las alumnas de Fidelia eran hijas de la salvaje tribu que vive en las montañas del Kurdistan. Habiéndolas vuelto á pedir sus padres, fué su salida un luto general en el Seminario. Las tres estaban convertidas y el pensamiento de tener que dejar aquel asilo de piedad así como á su madre espiritual y á sus queridas compañeras, para entrar otra vez en un mundo bárbaro y medio pagano las llenaba de espanto. Sin embargo, era preciso obedecer. La despedida fué muy conmovedora todas las clases se habían reunido para orar por última vez con las amigas que se iban. Cuando la reunion hubo terminado, estas suplicaron que se les permitiese volver á sus habitaciones para despedirse con una última oracion de sus santuarios privados. Mientras se cumplía este piadoso deseo, las otras rogaron de nuevo al Señor por ellas.

Volviéron por fin abatidas por la emocion consiguiente á las escenas de su despedida. El aspecto de sus caras bañadas en lágrimas conmovió todos los corazones, y una de las alumnas exclamó:—Todas las jóvenes que hacen voto de acordarse de las ausentes en sus oraciones, que se den mutuamente de la mano para presentar al Señor este voto. Inmediatamente formóse un círculo alrededor de las tres montañesas, y unidas sus manos y con los ojos dirigidos al cielo, unas veinte jóvenes se comprometieron tácitamente á no olvidar nunca á sus amigas delante de Dios. Salieron por fin para sus montañas. Y muchos años despues, cuando se empezó una mision en el Kurdistan, hallaron á las tres jóvenes en el seno de sus familias, con el corazon rebosando siempre de amor á su Salvador, y dispuestas á ayudar á los misioneros en sus trabajos evangélicos.

(Se continuará.)

BLANCA GAMOND.

(Continuacion.)

A pesar del triste estado á que estos sufrimientos habían reducido á Blanca, no por eso se la dejaba atormentar. Por este tiempo el hospital recibió un alto honor; nada menos que la visita del conde de Tessi acompañado de dos obispos. Preguntáronle á Mr. de la Rapine los dos reverendos en qué estado de conversion se hallaban las víctimas que le habían sido enviadas por el parlamento de Grenoble. El respondió que no cedían de sus errores pero que aumentándolas aun más los castigos y las penalidades, confiaba en que al fin vendrían á la buena senda.

A pesar de todos los bárbaros castigos de Mr. de la Rapine, debían causar mal efecto en sus superiores, pues súbitamente fué llamado y no se le volvió á ver más en el hospital. Aquella mujer llamada María, que tanto había hecho sufrir á la pobre Blanca partió de allí también. Pero esto no cambió sensiblemente la situación de la joven. Dos furias de aquellas que ayudaban á María en la corrección de las presas, se encargaron de proseguir su conversión á la fuerza. Cojiéronla un día y á empellones y apaleándola brutalmente trataron de conducirla á la capilla. Ella se arrojó en el suelo porque la fiebre la abrasaba y no podía dar un paso. El capuchino encargado de auxiliarla tuvo al fin compasión de ella y la dispensó de ir á misa. Fué este un beneficio en medio de su tribulación por el que dió á Dios fervientes gracias.

La fiebre que se había apoderado de ella, la falta de cuidado, los malos tratamientos la pusieron en un estado terrible. Vióla el médico y dijo al P. Fenert, sucesor de la Rapine, que estaba muy enferma. Lleváronla á la enfermería y pusiéronla en la misma cama en que había muerto Mr. Melluret, una de las víctimas del feroz la Rapine. Todo parecía indicar su próximo fin; pero el Señor no la había abandonado y la reservaba aun días mejores. Visitó el obispo la casa y advirtió al P. Fenert que no debía obligar á ir á misa á aquella que aun no se había convertido; esto, como puede suponerse fué un gran consuelo para Blanca, pero fué mayor el que recibió al serla entregada una carta de una persona á quien ella no conocía. La carta fué leída con entusiasmo por las pobres mujeres que en aquella casa padecían por la fé del Señor. Créese que esta carta, en la que el desconocido expresaba toda la admiración que la causaba la conducta de Blanca y la que la animaba á perseverar en el buen camino, fué del célebre abogado Carlos Brousson, tan celebre por la conducta de sus correligionarios, pastor del desierto más tarde y muerto por su fé en Montpellier el 4 de Noviembre de 1698.

Anuncióse á las pobres reclusas que se las concedían tres días para que se preparasen para partir á América. Pintóselas de tan cruel manera la perspectiva del viaje; de tal modo se les hizo creer que estando en el buque se las arrojaría al mar para que se acabase de una vez aquella maldita raza de hugonotes, que las compañeras de Blanca decidieron huir. Pretendió esta disuadirlas, pero en vano; y una noche, habiendo hecho una especie de cuerda con las sábanas de la cama, durmiendo su guardiana, deslizáronse desde el cuarto piso en que estaban las jóvenes, al suelo. Blanca las siguió; pero como estaba débil no pudo sostenerse bien en la cuerda y cayó. Rompióse una pierna la desventurada. Anduvo algunos pasos, pero tuvo que detenerse porque no podía andar. Saltaron una muralla sus compañeras y en medio de tiernos adioses y abundantes lágrimas por no poderla llevar consigo, partieron ellas y Blanca quedó tendida al pié del muro esperando la mañana y los nuevos sufrimientos que la esperaban.

LA VIDA ETERNA.

SEGUNDO DISCURSO.

El materialismo.

(Continuación.)

He procurado, señores, sujetar al examen de nuestra reflexión, todos los datos elementales de la observación, y ahora, sin fatigaros con los términos abstractos escolásticos, voy á deciros lo que puede la ciencia propiamente dicha, en el asunto que nos ocupa. La ciencia estudia detalladamente y en su manera de ser la misteriosa é íntima unión de los dos elementos que forman el hombre. Evidencia que el sistema nervioso es el agente principal de las funciones de la vida animal y de la vida

humana; ese sistema tiene un centro, que se llama el cerebro, adonde llegan todas las impresiones que nos ponen en relación con el mundo eterno, á la par que muere la acción de nuestra voluntad sobre los órganos. Aún tiene mucho que avanzar la ciencia fisiológica, pues á estas horas no se conoce todavía lo que sucede en las estremidades nerviosas en la masa cerebral, cuando recibe la impresión de la luz ó del sonido; se ignora cuál sea el estado del cerebro en el instante mismo en que la voluntad es el principio de un movimiento cualquiera. Tal vez algunos entrevean la causa de estos fenómenos, pero sus teorías no han sido admitidas en conjunto por la ciencia: dentro de algunos siglos de años: tal vez la fisiología habrá completado su triunfo: acaso se penetre el acto último del sistema nervioso, cuando recibe la impresión y el primitivo que mueve nuestra voluntad: será esto, conforme á las teorías antiguas, la ondulación de un líquido particular ó una vibración de las fibras; acaso sea como dicen los modernos un fenómeno eléctrico ó químico, no importa; lo que se estudie, llegará á saberse de una manera completa y detallada. Tal vez se podrá decir: este sentimiento, esta idea, esta acción de nuestra voluntad, corresponde á la vibración de tales fibras á esta ó aquella combinación eléctrica ó fosfórica; ¿pero será mejor por esto, la situación del materialismo? De ningún modo. La ciencia habrá demostrado detalladamente la íntima unión de los dos órdenes de fenómenos perfectamente semejantes, y el materialismo seguirá diciendo: puesto que están enlazados, claro es que son de idéntica naturaleza. El sentimiento, el pensamiento y la voluntad están armonizadas con un estado particular de los órganos materiales, luego son propiedades de la materia. El sofisma no varía por pasar del dominio del sentido común á la región de la ciencia; siempre dirá: puesto que esos fenómenos se corresponden, puesto que se hallan enlazados íntimamente, claro es que no hay más que uno solo. Cuando el materialismo identifica las manifestaciones del alma con los fenómenos del cuerpo, salta un abismo insostenible solamente por la ligereza de su sistema.

Cabanis dice: «El pensamiento es una secreción del cerebro, á la manera que el estómago digiere los alimentos.»—¡Secreción del cerebro, el pensamiento! Todos sabéis lo que esta palabra significa; la acción por la cual unas glándulas separan de la masa sanguínea ciertos líquidos necesarios para las funciones de la vida, y podéis representároslos al menos en vuestra imaginación, recibiendo aquellos líquidos otras nuevas propiedades y nuevas combinaciones; pero siempre el fenómeno empieza y acaba en el terreno de la observación externa y sensible. Sin embargo, cuando se diga, hé aquí la secreción intelectual de una operación química ó física, esto es, hé aquí una idea, justa ó falsa, un deseo, bueno ó malo, un acto cualquiera de la voluntad que se ha separado del resto de la materia, ¿no direis que se abusa lastimosamente lo mismo de la facultad de hablar, que del pensamiento? Quédense ahí los materialistas, pues que en la ignorancia tienen una mina asaz abundante; pero no comprendo ciertamente cómo puedan figurarse hallar en su ciencia, no diré algo, sino el principio, la sombra más insignificante por la que puedan explicarnos el principio vital del espíritu por el de la materia, aunque es la verdad que ni ellos lo comprenden tampoco.

Imposible es, por otra parte, que la fisiología venga en auxilio de esta identidad que se pretende entre el espíritu y la materia, porque en el examen de sus mútuas relaciones, la ciencia dilata los términos del problema, sin modificar en nada su naturaleza. Por el contrario, yo sostengo que los estudios fisiológicos, que son otro brazo de la ciencia, apoyan con toda su fuerza la noción de un espiritualismo verdadero.

La fisiología profundiza más y más el abismo que hay entre los fenómenos externos que se manifiestan á nuestros sentidos y los internos que se revelan á la conciencia, elevándose á concepciones sublimes que hacen más clara la diferencia absolu-

ta del espíritu y la materia. El cuerpo es susceptible por su extensión, de una división de partes, hasta lo infinito; y el espíritu es uno é indivisible. Si no fuera así, se concebiría una fracción del alma, lo que no es posible. La materia es de suyo inerte, privada de toda espontaneidad y de todo movimiento por sí propia; antes bien, obedece á las fuerzas que la rijen, ó á la impulsión que recibe. Pero supongamos lo contrario, admitiendo que tenga un principio libre de acción; entónces todos los cálculos de la física y de la mecánica se destruirán por la espontaneidad de la materia que no se hallará sujeta á ninguna ley, en tanto que el espíritu encierra un principio de actividad, de poder en sí mismo. Hé aquí lo que señala la conciencia, lo que confirma el resultado obtenido por muchos sabios que pretenden reducir las acciones humanas á leyes inflexibles como las de la naturaleza. En cierto modo se prevén, aunque problemáticamente en los hombres, algunas acciones, pero es imposible hacerlo con exactitud acerca de sus determinaciones, como por ejemplo, puede hacerlo el astrónomo respecto de los astros. En la historia se ofrecen muchas señales de un intento reprimido, como para demostrar que el poder humano no dirige solo el curso de los acontecimientos; pero aquellos filósofos que han intentado escribir anticipadamente la historia del porvenir, han visto desmentidos sus pronósticos por los mismos hechos que aseguraban.

Felizmente, estas consideraciones no tienen el mérito de la novedad. Abrid los anales del espíritu humano; siempre y por todas partes encontrareis el apoyo de una ciencia profunda en la tesis que reconoce la absoluta distinción del espíritu y la materia. Consultemos ahora la verdad filosófica de la naturaleza.

Uno de los recursos del materialismo, es la confusión establecida entre las propiedades de los cuerpos considerados en sí mismos, y las que presentan á los seres sensibles é inteligentes. La materia, se dice, produce fenómenos de un orden elevado, tales como la luz, el calor y el sonido; pero, por una organización más superior, ¿no podría también producir otros aún más elevados, como son el pensamiento y el sentimiento?

Si arrojo al fuego la sutil materia

Que en llama, presto, la evapora el viento,

¿Cómo juzgar esta creencia seria,

De que es el alma, material, que siento?

No es la Fontaine solo quien así piensa. El querer establecer una analogía entre las propiedades más sutiles de la materia y los hechos psicológicos, trastorna el resultado de la ciencia, como lo demuestra el poeta en los versos anteriores, y el progreso moderno dice muy claramente, que concebimos los fenómenos como no son en sí, y que atribuimos á la materia lo que no le corresponde.

Veámoslo.

¿Qué queda del sonido si suprimimos el oído? La física responderá; las vibraciones atmosféricas del aire. ¿Que queda de la luz, de los colores, si suprimimos también el ojo? Las vibraciones de un fluido más sutil que el aire atmosférico, que se llama éter. La armonía de la música, el resplandor de la luz, el encanto y hermosura de los colores, no son más que vibraciones; esto es, movimientos perceptibles á los seres capaces de sentir y conocer y en los que estriba todo el secreto de la creación. Fuera de este secreto, de esta armonía, no existen propiamente hablando, las propiedades superiores de la materia, y como no tienen más que una existencia posible para realizarla necesita una organización capaz de percibirla. Fuerza es pensar, que si no hubiera seres animados y sensibles en el mundo, las maravillas de la creación pasarían desapercibidas, y solo irían á reflejarse en la altura de los cielos. Suprimida la vista y el oído, las vibraciones del aire y del éter, subsistirán siempre produciendo sus efectos en todas las regiones del universo, no solo aquellos que conocemos, si no aun otros de que ni aun idea podemos formarnos; pero como las impresiones no existen sino para los seres organizados para recibirlas, quitado en absoluto el

oído y la vista, desaparecerán toda luz y sonido. ¿Qué quedará entonces?... Un inmenso movimiento de átomos que se acercan ó se alejan los unos de los otros, nada más. El movimiento de la materia y las leyes que la rigen, existen allí donde la ciencia moderna aspira á encontrar la explicación de todos los fenómenos de la naturaleza. En vano es, pues, querer hacer de las propiedades más sutiles ó brillantes de los cuerpos, la escala para remontar al espíritu. Esas propiedades son exclusivas de la materia; ¿pero á qué condición? A condición de que haya criaturas animadas y sensibles que las perciban, que las den ser. Digan ahora que la materia produce el pensamiento y la voluntad; ¿pero á qué condición también? Con la de que haya seres inteligentes y libres. La misma armonía que existe entre las vibraciones del aire y el sentimiento de los sonidos, entre las del éter y la vista de los colores, hay entre las disposiciones de nuestro cuerpo y los diferentes estados de nuestra alma. Si queremos ir más allá; si nos empeñáramos en sostener la tesis del materialismo, aunque reconocido ya el verdadero carácter de los fenómenos naturales, es menester entonces decir resolutivamente: todo eso que se conoce con el nombre de pensamiento, voluntad, dolor, alegría, virtud, vicio, etc., no es más que un movimiento que se produce en tal dirección y con una intensidad tal; pero nadie osa llegar hasta ahí, porque cuando es radicalmente falsa una idea, es muy difícil conducirla hasta esos límites.

Aún el último argumento, que no voy á hacer sino indicarlo muy ligeramente. Si con el procedimiento científico quisiere sostener un combate contra el sentido común, y reducir á una sola las dos naturalezas que constituyen el hombre, no será ciertamente el materialismo el que triunfe, porque nada hay más claro á primera vista, que la idea de la materia. Pero si por medio de la reflexión queremos investigar lo que son en sí mismos los cuerpos, entonces nos empeñamos en un estudio soberanamente difícil. Sin embargo, muy luego llegaremos á reconocer que la idea del espíritu que piensa, quiere y siente, es mucho más clara que la de la materia que está ligada indivisiblemente á nuestro ser, pero sin que se halle sujeta directamente á la conciencia.

Decía Platon: cuando pasamos del mundo sensible á la región del pensamiento, si no vemos claro, es porque acostumbrados á ilusiones, ó una claridad muy tenue, la luz nos deslumbra. Nosotros creemos conocer mejor los objetos; mejor el cuerpo que el alma; ¿pero cómo los conocemos? Por las impresiones que producen y no de otra manera. Algunos filósofos, fundándose en esto, dicen, que nosotros conocemos los cuerpos por las ideas que de ellos tenemos, y demuestran con argumentos especiosos que si es absolutamente cierta la existencia de esas ideas, la de los cuerpos que les corresponden, es por lo menos dudosa. No quiero entrar en consideraciones abstractas: sobre todo, no quiero oponer nada serio á esa aberración del pensamiento; pero, ¿no es cierto señores, que puede más bien establecerse la realidad de los cuerpos, negándola, que demostrar contra el sentido común, que el espíritu no es más que un producto ó una propiedad de la materia? El materialismo, pues, se halla muy distante de poder apoyarse en la ciencia, como pretenden sus defensores.

Pero vengamos ahora al testimonio moral de la conciencia. Del materialismo se deduce, que la voluntad sin iniciativa, sin libertad, y exenta de responsabilidad, no es otra cosa más que una esclava de los órganos. Este el punto de vista grave para nuestro asunto, porque si el materialismo tiene razón, es á consecuencia de nuestras ideas del bien y del deber, pues no hay regla, ley, ni obligación más que para los seres libres. Por el contrario, si existe en nosotros un principio de libertad, el materialismo es erróneo, porque los cuerpos son inertes y desprovistos de toda acción espontánea; ya lo hemos dicho; esta es la base de toda ciencia natural. El alma, muchas veces, no hace más que sufrir la ley orgánica, concedido: pero la cuestión es de

saber si podemos declarar el hecho legítimo, y decir que debe ser así de una manera ordenada. ¿Nos autoriza la conciencia á decir que nunca y en ningún caso, somos responsables de nuestros actos? ¿Su testimonio es menos cierto que el de los sentidos? ¿Menos cierto sobre todo, que la hipótesis de los hombres de ciencia? Me concretaré para refutarlo, á un ejemplo: que basta un solo acto libre, un solo sentimiento de responsabilidad, para echar por tierra todas las afirmaciones del materialismo.

(Se continuará.)

REMITIDOS.

VALENCIA 12 DE ABRIL DE 1873.

Sr. D. Antonio Carrasco.

Mi querido amigo y hermano en Jesucristo: Cinco horas después de mi telegrama de la noche del día 9 ó sean á las dos de la madrugada del jueves, falleció nuestro distinguido hermano el Excmo. Sr. Brigadier D. Joaquin Moreno de las Peñas, después de dos meses de sufrimientos de la afección asmática que padecía.

Usted conocía ya su superior talento y su inquebrantable fe en el Salvador: su conversación fué siempre amena, instructiva y edificante; pero en estos tiempos en que conocía su próxima partida, se había convertido en un ferviente misionero para todos los que le rodeaban; en la noche del martes me marché á casa á las nueve y media como de costumbre, pues desde que fué acometido de este último ataque, pasaba cada día á su lado una parte de la tarde y noche: el miércoles fui llamado en su mañana con urgencia, pues deseaba tener una conferencia privada conmigo: acudí inmediatamente, se sentó tan luego se le vistió en un sillón, y aseguro á Vd., amigo mío, que hubiera deseado poder reunir á los numerosos fanáticos de esta ciudad, porque tengo el convencimiento que muchos, muchísimos se hubieran convertido al Señor: con una lucidez asombrosa, hizo su profesión de fe, en la que fué edificado de un modo tal, que mi espíritu se elevó á las regiones celestes, siguiendo la pintura que presentaba de la inefable dicha que experimentaba su alma puesta en relación con Jesucristo.

No creyendo tan próximo su fin, porque nada nos decía su estado, también me retiré á casa á la hora ordinaria, después de mandarle mi telegrama. Las últimas palabras que escuché de sus labios, y estas en francés, fueron las siguientes:

«Amigo mío, ore al Señor para que mis últimos momentos sean tranquilos; salude á nuestros hermanos, diciéndoles que mi fe y esperanza en Jesús, me conducen á su mansión: que tengo la seguridad de ser salvo por sus méritos y preciosa sangre, y les recomiendo trabajen por la salvación y conversión de los españoles, á fin de que muchos puedan disfrutar de la dicha que me espera.»

Si bien su pérdida me deja huérfano en esta incrédula y fanática población, su muerte ha sido tan consoladora como edificante.

Su cadáver, conducido con los honores de su clase y presidido por un jefe, y por mí, en representación de su viuda, fué depositado en el cementerio general; y ayer por la mañana acompañado de algunos amigos, deposité su cadáver en la tierra, haciendo antes de darle sepultura, el culto, así como lo verifiqué antes de su salida de la casa.

Por falta de recursos para abrir un culto público, esta obra está casi paralizada, y por más que he solicitado dentro y fuera para pago de alquileres y construcción de bancos y demás material necesario al objeto, nada he conseguido: muchas son las personas que desean el culto público y creen sea el único medio para atraer al pueblo; pero tengo que contestarles que espero complacerles más adelante.

No me estiendo en detalles de lo ocurrido en

esta desde mi llegada, porque tendría que hacer demasiado larga esta carta, que no tiene más objeto que el de participar el fallecimiento referido.

Saludo á Vd., su familia y hermanos de esa, con mi afecto cristiano.

Suyo en el Señor.—MIGUEL TRIGO DE BUSTAMANTE, pastor.

SEVILLA 11 ABRIL 1873.

Mi querido C.: Me apresuro á escribirte estas líneas por si llegan á tiempo de que las insertes en el próximo número de LA LUZ; pues creo que sus lectores se alegrarán de pasar la vista por ellas.

Anoche (Jueves Santo) tuvimos en nuestra iglesia la Cena del Señor. Más de tres mil personas visitaron nuestro templo. Nunca bajaron de ochocientas las que asistieron al culto. Participaron de la Comunión ciento cuarenta miembros. Entusiasmo indefinible; recogimiento profundo.

Hoy tuvimos culto de doce á tres, para meditar las palabras de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz. La concurrencia ha sido también muy numerosa.

Esto es consolador siempre; pero mucho más en las circunstancias actuales por que atraviesa nuestra patria. ¡El Señor bendiga á su Iglesia; salve Jesús á nuestro querido país!

No tengo tiempo para más; ni aunque lo tuviera podría ser más extenso, por lo rendido que en este momento me hallo.

Tuyo siempre,

JUAN B. CABRERA.

CÓRDOBA 24 DE MARZO DE 1873.

Señor Don A. C.

Muy Sr. mío y querido hermano y amigo: A las últimas noticias que dí á Vd. de los progresos de la obra del Señor en esta, tengo que añadir muchas más, en ellas no incluyo el número de nuevos oyentes, que cada día es mayor, hasta no poder contener el local la gente, mayormente los domingos por la noche; me refiero únicamente á los que guiados por el espíritu de Dios, abrazan con fe la saludable doctrina de Cristo Redentor, entre ellos, que desde principio de año pasan de 100 formando ya un total de 684, debo hacer especial mención de una familia compuesta de tres individuos que reúnen 203 años contando el de menos edad 65. Después de la observación sobre ella y preguntada sobre la esperanza de salvación, no solamente la fundan en Jesús, sino que añadieron estas testuales palabras: «horripilados estamos al pensar qué hubiera sido de nosotros, si hubiéramos muerto un año atrás cuando no conocíamos á nuestro único Salvador.» Escuso decir á Vd. que esto hizo verter lágrimas á cuantos lo oían, que no eran pocos.

El día 9 después de habernos puesto de acuerdo Mr. Wadall y yo, se procedió en la forma y previo el asentimiento de la congregación, al nombramiento del cuerpo de diáconos, habiendo recaído en favor de D. Emilio Mulet, D. Antonio Escudero y D. Celedonio Medrano, quienes recibieron la imposición de manos después de la predicación basada en el capítulo 3.º, 2.ª, Timoteo.

En estos dos últimos meses se han celebrado 5 bautizos.

No puedo estenderme más porque en este momento, que son las 2 1/2 de la tarde, estoy reuniendo la congregación para dar sepultura al cadáver de una buena fiel cristiana que ha muerto en la fe de Nuestro Señor Jesucristo dejando á su madre (que también es fiel) de 84 años, ciega, sorda, sin parientes y sumida en la mayor miseria, por lo que suplico á cuantos llegue esta necesidad á su noticia, pueden dirigir alguna limosna á esta Iglesia, calle de Jesús Crucificado, núm. 18.

Afectos á su señora y niños y Vd. disponga de este su hermano y amigo.

ANTONIO SANCHEZ.

NOTICIAS VARIAS.

Por acuerdo de los pastores que presiden las diferentes capillas que existen en Madrid, las reuniones de oración que se verificaban todos los miércoles se verificarán en lo sucesivo el primer miércoles de cada mes. Y como algunas capillas se encuentran muy apartadas del centro de la población, se ha dispuesto asimismo que se celebren en las capillas de la calle de la Madera y de la de Calatrava por turno.

La próxima reunión se celebrará, pues, el primer miércoles de Mayo en la capilla de la Madera Baja, y recomendamos á todos los cristianos evangélicos de esta villa que asistan á ella para que estas sean en realidad reuniones generales de oración.

Se acaba de imprimir y pronto se pondrá á la venta la segunda parte de la cartilla ilustrada que viene publicando el comité de tratados de Madrid. Contiene, como la primera parte, el abecedario ilustrado y además algunas historietas y poesías, casi todas ellas acompañadas de su correspondiente lámina. Esta segunda parte forma un precioso tomito encuadernado á la inglesa, de sumo gusto y de solidez.

Un misionero de Canton recibió un día la visita de un hombre desconocido, que acababa de hacer un viaje de mas de 300 millas, para pedirle que le bautizara. A las preguntas que le dirigió el misionero, contestó que había llegado á creer en Cristo por medio de la lectura de un Nuevo Testamento que había comprado algunos años hacia.

Un comerciante de Londres dá todos los años para obras cristianas la décima parte de las ganancias que realiza, si estas no pasan de 10.000 duros. Si las ganancias pasan de esta cantidad dá la quinta parte.

Si los cristianos evangélicos de España se acostumbra á consagrar todas las semanas al Señor una parte cualquiera de sus ganancias, se sostendría mas de una capilla que apenas cuenta con que cubrir los más pequeños gastos. Mediten los cristianos acerca de este punto.

De Salamanca escriben á un periódico de Valladolid, que hallándose explicando la doctrina á los fieles el párroco de Vellis, se presentó en la iglesia un sujeto gritándole que se bajase del púlpito ó le dispararía un tiro.

Escusado es decir que el sacerdote interrumpió el sermón y descendió del púlpito agradecido, hasta cierto punto, por la advertencia.

Escusado es decir que nosotros, partidarios de la completa libertad de la Iglesia y resueltos siempre á defender todas las soluciones inspiradas por un criterio liberal, reprobamos altamente ese y otros parecidos excesos que desde hace algun tiempo vienen cometándose en España. No es ese el modo de combatir una religion que se cree falsa; semejantes abusos conducen siempre á peligrosas reacciones.

Sabemos que parte del Ayuntamiento de dicha villa, se ha afiliado á la mision que dirige nuestro amigo D. Francisco Cabrera. Nosotros celebramos este hecho, en primer lugar porque siempre alegra ver que algunas almas más vienen á Cristo para obtener la vida eterna, y luego porque el Ayuntamiento de Villa-Cárlos, ha roto esa tradicion, sub-

sistente aun despues de la proclamacion de la libertad de cultos, de que las corporaciones españolas no podian ser más que católico-romanas.

Además de los miembros de dicho Ayuntamiento, se han inscrito el presidente, vicepresidente y varios miembros del club republicano.

Tomamos de *El Menorquin*:

«Una comision del club republicano de Villa-Cárlos, se ha acercado á nuestra redaccion pidiéndonos insertemos en nuestro diario el siguiente remitido que lo hacemos con el mayor gusto, no solo por complacer á nuestros correligionarios villacarlíños, sino por referirse á nuestro estimado amigo y compañero de redaccion:

«Sr. Director de *El Menorquin*.

Muy señor nuestro: Háganos el favor de publicar en su diario las siguientes líneas, por lo que le estaremos eternamente agradecidos.—Varios ciudadanos.»

«Villa-Cárlos 31 de Marzo de 1873.

«Hace ya algunos dias que gozamos grandemente por visitas que á esta villa nos hace el joven é ilustrado D. Francisco de A. Cabrera, quedado verdaderamente complacidos á su buen trato y fino comportamiento.

«El ciudadano Cabrera ha empezado á dar aquí algunas conferencias religiosas que son oídas con marcadas muestras de satisfaccion. La entonacion vigorosa, su voz dulce, su palabra sentida y sus frases conmovedoras, han hecho que entre nosotros alcance el nombre de orador. No nos vamos á extender mucho; nos falta decir tan solo que estas conferencias se repiten todos los miércoles (por ahora) en una sala bastante capaz y bien acondicionada con bancos y luces situada en una casa de la calle de la Iglesia. El concurso tanto de hombres como de mujeres es inmenso cada noche, y esperamos que el ciudadano Cabrera se captará las simpatías de los villa-carlinos.

«Alégrese el pueblo mahonés de contar en su seno á un joven tan ilustrado, que no puede menos de ser apreciado de todas aquellas personas que le traten.»

Las correspondencias que de provincias recibimos, nos anuncian que los cultos han sido frecuentados por grandes muchedumbres durante la Semana Santa. Otro tanto ha sucedido en Madrid. Todas las capillas han estado muy concurridas segun nuestros informes. En la de la Madera Baja, era imposible encontrar un asiento en la noche del jueves 10 hasta el punto de que se retiraron muchas personas por no poder penetrar en el local. Lo mismo sucedió el viernes. El domingo despues del culto se dió la Santa Cena de la que participaron unas 240 personas. El órden y el recogimiento fueron admirables, como siempre, y los que asistieron á tan solemne acto se retiraron persuadidos de que el Espíritu de Dios habia derramado en los corazones un abundante rocío de gracias espirituales.

Dice *El Menorquin*:

«El Ayuntamiento de Villa-Cárlos (Balears), acordó en sesion del domingo último, no asistir en corporacion á ninguna festividad religiosa.

Celebramos esta determinacion de nuestros correligionarios, conforme en un todo con nuestras aspiraciones y con la libertad de cultos, que por fortuna de todos los españoles disfrutamos.»

Los republicanos de la Macarena de Sevilla, segun dicen algunos periódicos, se han empeñado en que su cofradia ha de salir en procesion esta Semana Santa, indicando que la Virgen de la Esperanza

es republicana, y al efecto la han despojado de su corona y adornarán la cabeza de la imagen con un gorro frigio bordado de oro.

Es hasta donde puede llevarse la majadería.

Tambien en Santander ha asistido un regular auditorio á las explicaciones que se han hecho en estos últimos dias. En la sala en donde predica nuestro buen amigo D. Juan Flores, han pasado de 40 las personas que se han reunido para oír hablar de Jesucristo.

Nos dicen de la misma ciudad, que un cura romano, desde el púlpito, despues de excitar á sus feligreses á la guerra y la destruccion, se atrevió á afirmar que cuando el pueblo tenia menos luz, todo el mundo era más feliz.

¡Buen apóstol de la ignorancia!

Además de la Virgen del barrio de la Macarena, en Sevilla, en un pueblo de Valladolid, han sacado en procesion la imagen de Jesucristo, adornada su cabeza con un gorro frigio. Lo hemos dicho ya: esas son puerilidades que á nada conducen; pero no es justo culpar á los republicanos solos de esas tonterías. En 1808, nombraron los católicos capitana general de los ejércitos nacionales á la Virgen del Pilar, y otras Vírgenes han ostentado en su pecho grandes cruces y otras distinciones.

Cada cual adorna en España á sus Santos con las insignias que creen más honoríficas.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

LA Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripcion es *un real* mensual en Madrid y *cinco reales* trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

Puntos de suscripcion.

En Madrid.....	Quintana 8, segundo.
	Madera Baja, 8.
	Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Ascobareta.
En Valladolid.	Plaza del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba...	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limon, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia....	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredera Baja de San Pablo, núm. 27.